

EXCLUSIVA  
PRIMER CAPÍTULO



PITTACUS LORE

LOS  
**SEIS**  
FUGITIVOS

LOS NUEVOS LEGADOS DE LORIEN 2



RBA



LOS  
**SEIS**  
FUGITIVOS

SEGUNDO LIBRO DE ✦ GENERACIÓN UNO ✦

**PITTACUS LORE**

Traducción de Mireia Rué

**RBA**

# 1

## DUANPHEN

BANGKOK, TAILANDIA

DUANPHEN CONTEMPLÓ AL MENDIGO QUE correteaba entre el tráfico con un cubo en una mano y un trapo en la otra. Era un niño menudo, de no más de doce años, con una mata grasienta de pelo negro y una gran habilidad para seleccionar coches: elegía siempre los más relucientes, los de cristales tintados y pasajeros ebrios. Arrojaba sobre los parabrisas el agua sucia que contenía el cubo y se echaba encima del capó para limpiarlos de forma poco efectiva, embadurnando los cristales con más mugre. Los conductores bajaban presurosos la ventanilla para insultarlo, pero casi siempre transigían: le depositaban un billete en la mano para que se fuera y ponían en marcha el limpiaparabrisas.

Era pasada la medianoche y la vida aún bullía en Royal City Avenue. Las motocicletas serpenteaban entre el tráfico, los habituales de los clubes avanzaban a trompicones por las calles y las luces de neón palpitaban al ritmo de los graves de la música de los bares.



Duanphen se ajustó las esposas que le rodeaban la muñeca y la sujetaban al maletín del ejecutivo. El metal la irritaba. Tanto como ese lugar.

Habían pasado tres meses desde la última vez que había estado allí. Y no lo había echado de menos.

El mendigo se fijó en ella y en su limusina. Bueno, en realidad no era exactamente su limusina, sino la del ejecutivo; ella solo la vigilaba. La negra extensión estaba aparcada con descaro, en doble fila, delante de un club en el que varias gogós se contoneaban detrás de los escaparates. El ejecutivo se había emocionado tanto al ver ese lugar que casi se había puesto a babear: hubo que detener el vehículo. Casi todo su equipo de seguridad lo había acompañado dentro, pero Duanphen se había quedado en la limusina. Era demasiado joven.

—Bonito coche —le dijo el mendigo en tailandés cuando se detuvo delante. El muchacho levantó su trapo con aire amenazador—. Pero sucio. Por unos pocos dólares te lo limpio.

Duanphen lo miró con frialdad.

—Vete.

El chico le sostuvo la mirada, como si tratara de decidir si debía tentar a la suerte. Con sus diecisiete años, Duanphen no era mucho mayor que él, pero la expresión glacial de su rostro le daba un aspecto más adulto. Medía algo más de metro ochenta y su cuerpo de miembros alargados recordaba a una navaja.



Llevaba siempre el cabello cortado al rape y no se maquillaba, salvo por la línea negra con la que se perfilaba el párpado. Su naricita era un zigzag tortuoso, como si alguien se la hubiera borrado y dibujado de nuevo.

—Te conozco —le dijo el muchacho.

—No.

—Eres una puta —repuso él, soltando una risa—. ¡No! No es eso. ¿Dónde te he visto antes?

—Eso da igual —le soltó Duanphen—. Lárgate.

El mendigo dio un respingo cuando cayó en la cuenta.

—¡Eres una luchadora! —exclamó, señalándola con el trapo tembloroso—. ¡Te conozco! Eres la que hace trampas. La que...

Como por arte de magia, el cubo del chico se inclinó hacia él y el agua que contenía fue a parar encima de sus pantalones. El muchacho soltó un grito ahogado y se calló, mirando fijamente a Duanphen.

No era magia, sino telequinesia.

—Si me conoces —le dijo ella—, entonces sabrás lo que ocurre cuando se me acaba la paciencia.

El mendigo la miró con los ojos como platos y se escabulló a toda prisa entre la multitud soltando un aullido. Duanphen frunció los labios. ¡Mira que llamarla tramposa! ¡Qué sabría ese desgraciado?

Duanphen llevaba practicando la lucha Muay Thai desde que tenía catorce años: lo hacía para comple-



mentar lo poco que le pagaban por sus sesenta horas semanales en la fábrica de ropa, un dinero que apenas le bastaba para el alquiler de esa pensión infestada de cucarachas en la que vivía. Antes de que se manifestaran sus legados, había perdido más luchas de las que había ganado y más de una chica que le doblaba la edad había acabado reventándole la cara.

Después de la invasión, con la telequinesia, las luchas ya le resultaron más fáciles: una zancadilla aquí, un bloqueo allí... Empezó a ganar. Y también a creer en sí misma. La competición se fue endureciendo, pero también mejoró su dominio de la telequinesia.

Un día, uno de sus oponentes la sujetó hasta casi ahogarla y la piel electrificada de Duanphen se activó inesperadamente. Los promotores de las peleas descubrieron entonces su secreto y consideraron que lo que había estado haciendo era «robar». Le dieron a elegir: o trabajaba para pagar la deuda o moría. Ella consideró la posibilidad de tratar de huir, pero iban todos armados y detener balas no era lo mismo que bloquear puñetazos.

Pronto se corrió la voz de que la mafia local tenía a un miembro de la Guardia trabajando para ellos. Así fue cómo la encontró el ejecutivo. Ese hombre conocía a un montón de gente, tenía mucha labia y sabía negociar.

De ahí que fuera tan valioso para la Fundación.



La Fundación saldó la deuda de Duanphen y le permitió empezar de cero. Le dieron más dinero del que nunca había soñado ganar con las peleas, además de ropa y un ostentoso apartamento en Hong Kong. Lo único que tenía que hacer a cambio era cuidar de ese ejecutivo zalamero y llevar su maletín arriba y abajo.

El trato no estaba nada mal, pensó. Hasta que empezó a conocer mejor al ejecutivo. Todos los hombres lo adoraban, porque contaba chistes groseros y les pagaba las copas, pero a Duanphen le parecía un tipo muy desagradable, el típico turista de mediana edad con el que se había encontrado millones de veces en Bangkok. Siempre se estaba quejando de la frialdad de su esposa y de que sus hijos no querían hablar con él.

El ejecutivo salió parsimonioso del club, rodeado de una falange de guardaespaldas. Siempre iba acompañado de un equipo de seguridad, que en las últimas semanas había crecido, por razones que nadie había compartido con Duanphen. Sus esbirros le abrieron un camino en la acera, empujando a un lado a los juerguistas de ropas estridentes para escoltarlo hasta su limusina blindada. La gente alargaba el cuello con la esperanza de poder ver al hombre que llevaba ese séquito. El ejecutivo no era gran cosa: mata de pelo rubio empobrecida, bajito, barrigudo, vestido con un traje de diseño arrugado por la



humedad y una camiseta de color salmón con manchas de sudor. No era ningún famoso, debieron de pensar los curiosos, decepcionados. Solo un capullo ricachón. En Bangkok los había a montones.

Duanphen le abrió la puerta del coche al capullo ricachón. Él le pellizó la mejilla cariñosamente y ella sintió que se moría un poco por dentro.

—Te has perdido un rato genial, Dawn —dijo sin apenas poder articular las palabras por el exceso de champán.

—Humm —repuso Duanphen, evasiva. No soportaba esa mala versión *farang* que empleaba de su nombre.

El ejecutivo interpretó el susurro de Duanphen como una muestra de interés.

—Un día de estos habrás crecido lo bastante para ser una acompañante cañón —le dijo.

Duanphen sonrió con tristeza y apretó el puño. Se acomodó en el asiento trasero, al lado del ejecutivo, mientras otro guardaespaldas se sentaba al volante.

—Quería preguntártelo —dijo el ejecutivo—. ¿Estás contenta de volver a casa?

—No —respondió ella—. No soporto este sitio.

—¿En serio? A mí siempre me ha encantado Bangkok. —Sacó la mano por la ventanilla y la agitó con frivolidad—. Aunque es más divertido cuando no estás tan rodeado de gente.





Duanphen sabía que le irritaba llevar tanta seguridad. Los guardaespaldas del ejecutivo no eran los típicos gorilas que cualquiera podía contratar en Bangkok, sino mercenarios muy bien entrenados. El destacamento del Grupo Blackstone había sido idea de su esposa —o, mejor dicho, lo había ordenado ella. La mujer del ejecutivo también estaba en la Fundación y, al parecer, tenía más poder que su marido. Al menos, ese detalle alegraba un poco a Duanphen.

El resto de los miembros del equipo de seguridad se subió a otros dos coches, uno detrás de la limusina y el segundo, delante. El ejecutivo suspiró cuando sus poco refinadas fuerzas de seguridad emprendieron el camino de vuelta al hotel por las calles repletas de gente.

Le echó un vistazo a su reloj.

—Ah, se ha hecho un poco tarde. —Contoneó los dedos delante de Duanphen y añadió—: Pongámonos a trabajar.

Al parecer, estaba en Bangkok para firmar algunos documentos sobre un hotel en el que había invertido. Sin embargo, a pesar de que ese negocio lo había hecho rico, esa ya no era su auténtica ocupación.

Duanphen le tendió el maletín. El ejecutivo lo abrió con su huella digital y extrajo el contenido: una elegantísima tableta. La desbloqueó con su hue-



lla digital y un código de nueve dígitos que Duanphen no podía saber. La tableta se conectaba a un servidor seguro vía satélite. El hombre se repantingó en el asiento, a la espera de que el ordenador estableciera la conexión.

—Hay mucha asistencia —dijo, muy satisfecho. Le gustaba fardar, así que no le molestaba que Duanphen le echara un vistazo a la tableta.

Había veinte personas esperando a que empezara la conferencia electrónica. Cada uno tenía un símbolo que lo representaba: el signo del infinito, un zorro enseñando los dientes, una estrella azul y plateada que a Duanphen le pareció que debía de ser el escudo de un equipo de fútbol. Los prosaicos avatares de gente muy rica en el club del ejecutivo.

Un amasijo de sombras culebreó entre los símbolos: era la representación del ejecutivo, el aspecto que adoptaba siempre el subastador en esos acontecimientos de la Fundación.

—Buenas noches a todos —dijo, después de conectar el micrófono y activar el modulador de voz—. Esta noche se subastan los servicios de Salma G. para el fin de semana del tres al cinco de enero.

El ejecutivo subió la fotografía de Salma y la mandó a los postores. La chica tenía una larga y ondulada melena castaña algo revuelta y un par de cejas muy pobladas y tan juntas que parecía que estuviera pensando en algo profundamente. En la imagen, Salma



llevaba una maraña de pañuelos que apenas podían distinguirse de su holgado vestido: todo era estampado. Estaba sentada en la posición de loto, con los extremos de los dedos juntos y la mirada perdida, como si meditara.

El ejecutivo cerró el micrófono para poder decirle a Duanphen con una sonrisa de suficiencia:

—Qué vestido tan bonito lleva, ¿eh? Los de marketing pensaron que sería bueno darle un aire de gitana adivina.

—Ya veo —respondió Duanphen.

—Tú no necesitarás nada de eso cuando salgas a subasta. Tu cara ya deja muy claro lo que haces.

Duanphen se tocó su nariz torcida, pero no respondió. El ejecutivo había abierto el micrófono de nuevo y volvía a hablar a su público internacional.

—Las siguientes especificaciones ya se incluyeron en vuestro dossier, pero os las resumiré. Salma tiene dieciséis años. Es de Marruecos. Habla árabe con fluidez y un inglés y un francés aceptables. No tiene problemas de salud. El comprador debe proporcionarle una dieta halal. El control telequinésico de Salma no es especialmente bueno, de modo que, si es eso en lo que estáis interesados, tenemos otros activos mejores. Su gran atractivo es su capacidad premonitoria. Es ideal para hacer una visita al hipódromo o al casino, aunque no recomendamos usar sus legados para elegir valores u otras inversiones a



largo plazo. Salma está georestringida; ya se os ha proporcionado una lista de las localizaciones aprobadas. Se recuerda a los postores que compran únicamente el uso de los legados de Salma y que cualquier comportamiento que la Fundación considere inapropiado o perjudicial para el activo conllevará la inmediata expulsión de la organización.

Duanphen sabía que, en ese caso, expulsión significaba muerte. Por muy rico o poderoso que pudiera ser un miembro de la Fundación, si violaba las normas, era castigado.

—Muy bien. —El ejecutivo se aclaró la garganta—. Como nuestra querida Salma ha despertado mucho interés, creo que deberíamos empezar la puja con cinco millones de euros. ¿He oído cinco millones?

Inmediatamente, un puñado de símbolos se desconectaron de la conferencia. El precio era demasiado elevado para algunos, pero no para todos. Las pujas iban subiendo. Cada vez que uno de los símbolos palpitaba, se oía un suave pitido y la puja se incrementaba 250.000 euros.

Al cabo de cinco minutos, la subasta había terminado. El fin de semana con Salma se había adjudicado por 10,6 millones de euros. El ejecutivo comprobó su cuenta bancaria. El pago ya había llegado.

—El muy cabrón habrá recuperado el dinero en una noche. —El ejecutivo inspiró por la nariz y le tendió la tableta a Duanphen. Ella volvió a meterla



en el maletín—. Deberíamos llevarnos un porcentaje de lo que la chica les hace ganar en las mesas, ¿no?

—Es mucho dinero —dijo Duanphen, asombrada por el precio al que se había vendido el miembro marroquí de la Guardia.

—Eh —repuso el ejecutivo, encogiéndose de hombros—, tampoco es tanto.

Llegaron al hotel del ejecutivo. Era un sitio fastuoso, cuyo personal, vestido con chaleco de seda y pajarita, se paseaba arriba y abajo con toallas calientes y vasos de agua de rosas. Al ejecutivo le encantaba. Tenía reservada toda la planta del ático para él solo. Bueno, no exactamente toda. Duanphen dormía en una habitación contigua a la gran *suite* y en el pasillo había siempre un puñado de guardaespaldas.

Algunos de los hombres del ejecutivo se quedaron en el vestíbulo; los demás se subieron al ascensor con ellos dos. Cuando llegaron al último piso, vieron allí a otros dos guardaespaldas, haciendo guardia delante de la puerta de la *suite*.

—Vigilando un pasillo vacío —protestó el ejecutivo—. ¡Una forma magnífica de aprovechar nuestros recursos!

Sin embargo, cuando estuvo más cerca de la *suite*, se puso de repente a silbar una alegre tonadilla. Duanphen levantó una ceja. El hombrecillo se con-toneaba, balanceando los brazos hacia delante y ha-



cia atrás, como si estuviera de muy buen humor. Quizás había bebido más de lo que ella creía.

—Vamos, ya sé que estáis haciendo vuestro trabajo, chicos —dijo el ejecutivo—. No quería ser desagradable. Acabo de ganar un montón de dinero esta noche, ¿sabéis? Debo repartir la riqueza, como les encanta decir a los pobres. —Se detuvo abruptamente en medio del pasillo—. ¡Vamos, tíos! —los instó—. ¡Acercaos!

Los guardaespaldas hicieron lo que les pedía. Solían ser siempre un grupo muy estoico, pero de repente se les veía tan animados como al propio ejecutivo. Algunos sonreían mientras se apiñaban de forma improvisada. Duanphen arqueó una ceja: los mercenarios del Grupo Blackstone solían ser mucho más profesionales.

—No es nada fácil el trabajo que hacéis y quiero mostraros mi agradecimiento. —El ejecutivo se sacó del bolsillo el generoso fajo de billetes que llevaba sujeto con un elegante clip y empezó a llenar de bahts tailandeses las palmas extendidas de sus guardias de seguridad—. Bangkok es un lugar ideal para un grupo de machos fornidos como vosotros. Vamos, tomaos la noche libre. Salid a divertirós. Invito yo, por supuesto.

Como si no hubiera bastado con el dinero, el ejecutivo le entregó su tarjeta de crédito a uno de los guardias y luego le lanzó la cartera a otro. Les guiñó



el ojo y les hizo señas para que se fueran. Cuando los duros mercenarios se encaminaron a trompicones hacia los ascensores, cogidos del brazo, riéndose y bromeando, él se los quedó contemplando como un padre generoso.

Duanphen observó la escena con la boca abierta, sin dar crédito.

—Pero ¿qué...? —Estaba desconcertada—. ¿Se puede saber qué demonios está haciendo?

El ejecutivo le dedicó una sonrisa.

—¿Dónde está el problema, Dawn? ¿No quieres irte con ellos? Vamos, mujer. Ve a divertirte. —Se llevó las manos a los bolsillos—. Aunque me temo que me he quedado sin dinero...

Duanphen le miró al fondo de los ojos; parecían ausentes.

—Está usted...

Decidió no perder más tiempo con ese ejecutivo que le sonreía con aire estúpido.

—¡Eh, esperad un momento! —gritó yendo tras los mercenarios.

El ascensor, no obstante, ya se había cerrado. ¿Se habían vuelto todos locos?

—Señor —le dijo Duanphen al ejecutivo, apretando los puños—. Se comporta usted de un modo muy extraño.

—No digas tonterías —repuso él, pasando la llave por el lector.



En cuanto el ejecutivo abrió la puerta de su *suite*, Duanphen supo que algo iba mal. El ambiente estaba cargado, a demasiada temperatura, no a los grados marcados en el termostato que exigía el ejecutivo. Y ¿de dónde procedía esa brisa?

El ejecutivo se detuvo de golpe y se pellizcó el puente de la nariz. Sacudió la cabeza, como si acabara de despertar de una pesadilla.

—Dawn, ¿qué...? ¿Acaban de robarme nuestros hombres? O... ¿Qué me ha pasado?

La respuesta estaba plantada en medio de la *suite*.

Era un joven delgado, castaño, peinado con esmero, con la raya a un lado y una onda impecable fijada con gomina en el otro. Llevaba ropa cara: pantalones de vestir grises, chaqueta negra y una elegante camisa blanca. A Duanphen le dio la sensación de que tenía aspecto de mago; una impresión adecuada, porque se las había arreglado para burlar el cinturón de seguridad del ejecutivo. El cristal roto de la puerta del balcón probablemente era la explicación... Aunque ¿cómo se las había apañado para escalar el edificio hasta ahí arriba?

El ejecutivo estaba paralizado.

—Tú...

—No ha sido fácil convertirte en un hombre generoso y forzar a esos idiotas del Grupo Blackstone para que actuaran como adolescentes —dijo Einar. Estaba muy ojeroso y le faltaba el aliento, como si





hubiera hecho un gran esfuerzo. Levantó un dedo y añadió—: Dadme un minuto, por favor.

Duanphen no titubeó. Estaba claro que ese Einar era una amenaza. Quizá fuera incluso la razón por la que el ejecutivo había necesitado reforzar la seguridad. Cargó contra él, levantando el maletín metálico del ejecutivo por encima de la cabeza, a modo de arma.

¡*Bum!* No lo había visto venir. Un segundo intruso se estrelló contra ella desde el lateral, la levantó del suelo y la arrojó contra la mesa del café. Era un tipo fornido y encorvado, que se ocultaba tras la capucha del deslucido chándal gris que llevaba puesto.

Einar se sentó en una mullida butaca y extendió las piernas.

—No eres el único que tiene guardaespaldas. ¿Quieres ver cómo se desarrolla la escena? —le dijo dedicándole una sonrisa.

Duanphen se puso en pie de un salto y se enfrenó al tipo amenazante del chándal. Era imponente, pero ella aún lo era más cuando luchaba. Activó su legado y un campo eléctrico crepitó por todo su cuerpo. Solo una de sus descargas ya tenía voltaje suficiente para dejar inconsciente a un buey.

Los brazos de Duanphen eran más largos que los del bruto del chándal, que enseguida recibió varios golpes en la cara: un *jab* seguido de un buen tortazo con el maletín. El tipo se balanceó hacia atrás, man-



teniendo la distancia mientras los puños cargados de electricidad de su oponente chisporroteaban delante de sus narices. Duanphen solo lo estaba poniendo a prueba, calibrando su habilidad.

—¡Ja!

De pronto descargó una violenta patada circular. El tipo del chándal apenas levantó el antebrazo, indiferente, y bloqueó el golpe.

Duanphen soltó un grito y se desplomó en el suelo, con la espinilla doblada en un ángulo imposible. Se había roto la pierna contra el antebrazo de su atacante. Había sido como darle una patada a una pared de ladrillos.

Le dolía tanto que perdió el control de su legado. Enseguida tuvo encima al tipo del chándal, que la agarró por el cuello, la levantó del suelo sin ningún esfuerzo y echó el puño hacia atrás.

—¡Detente! —le chilló Einar—. ¡No la mates! ¡Ni siquiera deberías haberle roto nada!

Tal como le habían ordenado, el hombre del chándal soltó a Duanphen. La muchacha se retorció en el suelo, gimoteando, con el cuerpo doblado alrededor de la pierna rota.

Einar miró al ejecutivo.

—A ese, en cambio...

Duanphen vio cómo ocurría. El ejecutivo consiguió volverse y echar a correr, pero ya era demasiado tarde. El tipo del chándal lo agarró por el pescuezo,



lo levantó del suelo y luego —crac— le rompió la espina dorsal contra su rodilla, como si hubiera sido una rama seca.

En las múltiples peleas que había perdido, Duanphen había vivido siempre el mismo momento, la sensación previa a la pérdida de conocimiento, cuando todo el daño se disipa con la oscuridad. El dolor de la pierna era agudo e intenso... Demasiado intenso como para soportarlo. Se dejó ir...

Y entonces alguien la despertó a bofetones. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? ¿Segundos? ¿Minutos? Aún seguía en la habitación del hotel y la brisa que se colaba por la ventana rota le daba escalofríos a pesar de la humedad. Cada vez que movía levemente su cuerpo, una nueva esquirra de dolor se abría paso por su pierna maltrecha. Duanphen quería evitar esa agonía, escabullirse, pero temía que si volvía a desmayarse, tal vez ya no se despertaría.

Einar estaba inclinado encima de ella. Dejó de abofetearla en cuanto Duanphen enfocó la mirada.

—Hola de nuevo —le dijo entonces. Levantó la tableta del ejecutivo que tenía en la mano—. ¿Cómo puedo acceder?

Con un dedo tembloroso, la muchacha señaló el cadáver del ejecutivo y musitó:

—Huella dactilar.

Sintió un calor pegajoso bajo su cuerpo, algo tibio que se iba expandiendo. ¿Era...?



—Sí, ya sé lo de la huella dactilar. Ya nos hemos encargado de eso. —Einar le mostró la mano cerceada del ejecutivo.

Duanphen sintió náuseas. Estaba echada encima de un charco de sangre que se expandía rápidamente desde el cuerpo del ejecutivo. En un momento de pánico, la muchacha comprobó sus propias muñecas y respiró aliviada al ver que estaban intactas. Se habían limitado a abrir el maletín mediante telequinesia.

Detrás de Einar, el tipo del chándal se estaba limpiando las manos ensangrentadas con una sábana. Algo raro le ocurría a su piel. Duanphen aguzó la mirada, pero Einar chasqueó los dedos delante de sus narices.

—¿Sabes el código? —le preguntó.

Ella sacudió la cabeza y respondió:

—Solo lo sabía él.

Einar frunció el ceño.

—Vaya. Nos hemos entusiasmado demasiado, ¿verdad? —Se puso en pie—. Bien: esta es la situación, Duanphen. ¿Lo he pronunciado bien?

—Sí —respondió, asintiendo.

—Nosotros somos como tú. Miembros de la Guardia. Seguro que habrás notado que los otros guardaespaldas de tu equipo han empezado a actuar de forma extraña ahí en el pasillo. He sido yo. Puedo controlar las emociones. —Duanphen se encogió cuando Einar alargó el brazo, pero lo único que hizo



el muchacho fue tocarle la nariz con delicadeza—. Pero no voy a hacerlo contigo, cariño.

—¿P-por qué?

—Mi nueva política es no usar mi legado contra los que son como yo a no ser que sea absolutamente necesario. Tampoco los mato. Buenas noticias para ti, ¿no? Pero aún debes hacer una elección. Opción uno: entregas un mensaje de mi parte. Les dices a los de la Fundación que sé quiénes son y que voy a ir a por ellos. Te dejamos aquí. Los guardias no tardarán en regresar, te llevarán al hospital, te curarán la pierna, y luego descubrirás lo que hace la Fundación con los activos que no cumplen con su trabajo.

Duanphen le echó un vistazo al cuerpo destrozado del ejecutivo. La Fundación no iba a perdonarle ese fracaso, seguro.

—¿Opción dos?

—La opción dos —prosiguió Einar— es que te vengas conmigo y me ayudes en lo que estoy haciendo.

Duanphen ya sabía qué opción iba a elegir, pero aún tenía una pregunta.

—¿Qué... qué estás haciendo?

—Muy sencillo. Estoy rehaciendo el mundo.



**EXCLUSIVA  
PRIMER CAPÍTULO**

UNOS BUSCAN INSTRUIR.

OTROS, DESTRUIR.

¿QUIÉN PREVALECERÁ?

Taylor Cook fue uno de los primeros estudiantes en llegar a la Academia y, tras su secuestro, sus amigos se saltaron todas las reglas para salvarla. En el proceso, descubrieron una comunidad secreta responsable de la desaparición de un elevado número de adolescentes con poderes. Una asociación con oscuras raíces en el pasado de los lóricos, recursos desconocidos e, incluso, un topo en la propia escuela.

Ahora, esos amigos, a quienes los demás estudiantes han bautizado como Los Seis Fugitivos, deberán trabajar juntos para acabar con este misterioso grupo.

PERO LA FUNDACIÓN TIENE SUS  
PROPIOS PLANES Y  
LOS SEIS FUGITIVOS ESTÁN  
EN SU PUNTO DE MIRA...

